LAS CASAS DE BAÑOS.

T

La costumbre del baño es tan natural, como que debe suponerse que nació con el hombre. La limpieza, que Aristóteles no duda en calificar casi de virtud, el placer y el deseo de buscar alivio en las dolencias, debieron indicarle aquel grato recurso como el único reparador de sus fuerzas fatigadas, ya por el rigor de la estacion, ya por la irritacion de las enfermedades. Más tarde, el lujo, convirtiendo en objeto de moda lo que pudo tener en su principio el carácter medicinal, propagó insensiblemente esta costumbre; y los pueblos antiguos nos han dejado testimonios de la ostentacion y grandeza con que en ellos se sostenia.

Los orientales fueron los primeros que construyeron edificios para servir de baños públicos, y los griegos no tardaron en imitarlos. Homero, en su divina *Odisea*, nos habla ya de estos baños, dando á entender que se hallaban cerca de los gimnasios ó palestras, para entrar en ellos al salir de los ejercicios. Tambien Vitrubio nos ha dejado una descripcion circunstanciada de ellos, diciendo que se

componian de siete piezas diferentes, intermediadas de otras várias destinadas á los ejercicios.

Los romanos, habitadores de un clima meridional y grandes en todas sus cosas, adoptaron con magnificencia las costumbres de los griegos; y desde tiempo de Pompeyo, segun Plinio, empezaron á construirse baños públicos por toda la ciudad, siguiendo este movimiento en una progresion asombrosa. Agripa solo, en el año de su edilidad, hizo construir ciento sesenta. A su ejemplo, Neron, Vespasiano, Tito, Domiciano, y casi todos los Emperadores, mandaron edificar baños magníficos de preciosos mármoles y elegante arquitectura, complaciéndose en concurrir á ellos con el pueblo, viniendo á tal extremo su profusion, que se asegura haber llegado á existir ochocientas de estas casas repartidas por toda la ciudad.

Las dilatadas conquistas de aquel pueblo magnífico y guerrero introdujeron, como era natural, sus costumbres en todos los países que dominaron, y en particular la del baño fué tan extendida por ellos, que se ha dicho que luégo que conquistaban un país, lo primero que hacian era edificar thermas, así como más tarde los españoles construian una iglesia, los ingleses y holandeses una factoría, y los franceses un teatro. Los restos de nuestras ciudades antiguas prueban evidentemente que no fué España la ménos favorecida en aquel punto.

Desalojados de nuestra Península por los godos, y éstos por los árabes, debió crecer naturalmente aquella costumbre bajo la dominacion de los últimos, por la influencia que ademas del clima les daba su religion. En efecto, así sucedió, y áun pueden reconocerse pruebas positivas de ello en las ciudades del Mediodía, Granada, Córdoba y otras tantas. En *Magerit* mismo (Madrid) habia baños públicos en la calle de Segovia por bajo de la parroquia de San Pedro, y hay tambien quien los supone en la pla-

zuela de los Caños del Peral, fundándose en el nombre de la puerta de Balnadú, que estaba allí cerca, y que se hace derivar de las dos palabras latinas Balnea duo, si bien otros con mayor fundamento suponen á dicha palabra contraccion de las árabes Bal-al-nadur, que significa Puerta de las Atalayas.

Pero los árabes y los turcos, que son, entre los pueblos modernos, los que han conservado el uso más habitual del baño, le verifican de un modo diferente que nosotros. Al salir de él, entran por lo regular un un sudatorium ó estufa caliente, por medio de conductos abiertos en el suelo, y desde allí vuelven á trasladarse al baño caliente, haciéndose ántes frotar violentamente las articulaciones y todo el cuerpo con cepillos suaves y guantes de franela, y perfumarse con aceites y esencias exquisitas.

Parécenos que en la moderna Europa no fué tan general la costumbre del baño, y desde luégo puede asegurarse que perdió el carácter de magnificencia que tuvo en lo antiguo. Sin embargo, á mediados del siglo pasado, un monsieur Alvert restableció en París, cerca del muelle de Orsay, una casa de baños, que aunque no más que mediana, obtuvo, por la novedad, una boga singular y fué considerada como un fenómeno de la industria. Su ejemplo no tardó en tener otros imitadores; multitud de establecimientos, en que el lujo y el buen gusto compiten á porfía, poblaron el rio, las calles y plazas de aquella capital, de tal manera, que no sin razon se ha dicho que en París hay en el dia tantos medios de lavarse como de volverse á ensuciar. — Hoy se cuentan en aquella capital ochenta casas de baños con dos mil doscientas setenta y cuatro pilas fijas, y mil cincuenta y nueve baños portátiles. Hay ademas cinco edificios vistosísimos en forma de barcos sobre el rio, que tienen trescientos treinta y cinco baños fijos, y otros setenta y dos en el hospital de San Luis. Se calculan en cinco mil personas, tres mil hombres y dos mil mujeres, las que se emplean en el servicio de estos baños, y su producto al año, en diez y seis millones de francos (cerca de sesenta y tres millones de reales.)

La costumbre del baño, generalizada de nuevo en toda Europa, ha tomado en aquella ciudad, por las combinaciones de la ciencia y del buen gusto, un carácter tal de voluptuosidad y de encanto, que constituye un placer verdadero, no limitado, como entre nosotros, á la estacion de verano y á una corta temporada, sino frecuentado durante todo el año, con lo cual pueden sostenerse y perfeccionarse cada dias más tan numerosos é importantes establecimientos. En todo sucede lo mismo: la civilizacion y la cultura hacen nacer necesidades nuevas, que poniendo en circulacion los capitales, alimentan la industria, dan aplicacion á las ciencias y á las artes, y modifican y embellecen las costumbres públicas.

Deliciosa es sobremanera una visita á los baños de aquella encantadora capital. Los llamados turcos en forma de kioskos, cerrados con vidrios de colores y coronados de medias lunas; los griegos al rededor de un gran circo oblongo, iluminado por lo alto; los chinos con sus torrecillas armónicas; los numerosos establecimientos de Vigier y las escuelas de natacion sobre el rio Sena; los de Tivoli, elegantes y variados; las Neothermas, complemento de toda magnificencia en este género, dan una alta idea de la civilizacion de un pueblo que disfruta tan agradables recreaciones. Ni es sólo bajo este aspecto con el que deben considerarse; las ciencias físicas y químicas, haciendo aplicacion de sus admirables investigaciones, han logrado reunir en ellos las diferentes aguas minerales, sulfurosas. aromáticas, ardientes, heladas, de todos los países y de todas las especies. Barèges, Baignères, Plombières, Aix, Spa, Bath, Neris, Saint-Amand, Baden, todos los manantiales, en fin, más famosos de Europa han sido copiados por los mágicos procedimientos analíticos y sintéticos de la química en los estanques del Tívoli frances. En las Neothermas se hallan tambien los baños egipcios, en donde los bañadores, perfumados y frotados de piés á cabeza por manos ágiles, como en el gran Cairo, adquieren una gran esbeltez y soltura en sus movimientos. «Las venerables dueñas (dice una descripcion un poco alegre de este establecimiento) salen de él con el rosado de la aurora; los especuladores y usureros más comprimidos vuelven con una facilidad en sus movimientos, una movilidad en la espina dorsal capaz de dar envidia á los Hércules de teatro, y áun á los pretendientes del dia.»

Añádase á todas estas circunstancias, elegantes cafés y fondas, donde se sirven variados y exquisitos manjares y bebidas; jardines pintorescos, gabinetes de lectura, y una sociedad numerosa y amable; todos los agrados, en fin, que puede desear el ánimo más exigente, y se formará una idea aproximada del encanto de estos establecimientos en la capital del vecino reino. La costumbre de ella, difundida generalmente por la moda en todas las provincias, ha dado lugar á la creacion de baños igualmente magníficos, y entre muchos que pudieran citarse, baste decir que los construidos últimamente en Burdeos han tenido de coste más de cinco millones de reales.

A este punto llegaba yo de mi discurso, cuando, harto ya de revolver mamotretos, tomar apuntes, refrescar memorias y asentar especies sueltas, tiré la pluma, tomé el sombrero y me planté en la calle, deseoso de vivificar con el frescor de la mañana mi acalorada imaginacion. Pero como ella sea tal, que una vez ocupada de un objeto, tarde ó nunca llega á desasirse de él, enderezóme la voluntad al mismo punto y caso en que de antemano se revolvia, y

me hizo sospechar que si de pensar en los baños nacia mi agitacion, nada como ellos podria conseguir calmarla. Y no hubo más, sino que el alma así predispuesta, y el cuerpo en ayunas, una vez resuelto á buscar en el agua el perfecto equilibrio de mis humores, me dirigí á la primera casa de baños que á la mano tenía.

II.

La calle de los Jardines estaba allí cerca; con que, á la calle de los Jardines fué mi direccion. No era sola, á decir verdad, aquella razon de proximidad la que me inclinó á darla la prefencia; otro motivo áun más poderoso tuvo no poca parte en mi determinacion.

Recordando con cierto placer el establecimiento de baños, acaso primitivo de Madrid, que hace algunos años frecuentaba yo en semejante temporada, deseaba saber si áun conservaba aquella disposicion sencilla y sin disfraz que tanto satisfacia á nuestros padres; pensaba con interes (¿se creerá?) en los estrechos y sucios aposentos, las mezquinas pilas hundidas en el suelo, la desnudez absoluta de adornos y atavíos; y procurando desechar de mi imaginacion el recuerdo de los magníficos baños extranjeros, como que intentaba rejuvenecerme en aquellas aguas, esperando hallar en ellas..... ¡qué delirio!..... el placer y la alegría de mi niñez.—Mas joh instabilidad de las cosas humanas.....! Aquella casa matriz, aquel establecimiento inmemorial y primitivo, que un dia hubo de bastar á las necesidades de la córte de dos mundos, ya no existe, y de toda su forma material sólo me pudo ofrecer sobre la puerta de entrada el nombre que en lo

antiguo le distinguia : « Casa de baños del Cura.» Hic Troja fuit.

Por fortuna hallábame en calle donde me era fácil aún escoger entre dos establecimientos semejantes, el de la Cruz y el de Mena, que podrian muy bien suplir al que buscaba. Dirigíme al primero, que me pareció semejarse más á la sencillez patriarcal que la extravagancia de mi imaginacion me hacía desear en aquel momento; y con efecto, no quedó engañada mi expectativa, pues en toda su disposicion, órden y mecanismo me pareció tan idéntico al anterior, que no fuí dueño á contener la persuasion de que el alma del cura, fundador de aquél, podria muy bien haber trasmigrado á la acera de enfrente.

Sin embargo, la influencia del sétimo mes del año, haciendo frisar el Reaumur en los treinta grados, la hora cómoda de la mañana, y la centralidad de la calle, habian llamado tanta concurrencia, que no cabiamos en los varios callejones de que consta aquel edificio, ni en el estrecho y menguado patinillo; de suerte que siendo insoportable el esperar un largo rato en aquel sudatorium, renuncié generosamente á bañarme en esta casa, y verifiqué mi traslacion corporal á la inmediata del rincon, que me pareció algun tanto más en el progreso del siglo; pero muy luégo hube de reconocer los mismos inconvenientes que en la anterior.

Sencillez y naturalidad en el aparato, eso sí; como podrian ser los baños en tiempo de Adan; media docena de sillas y un arcon supletorio para sentarse; una tinaja de agua, emblema del edificio; una sala interior, bien caldeadita, por supuesto, con los efluvios de los baños que la rodean, y hasta una docena de aposentos estrechos, conteniendo cada uno la menguada pila en que con dificultad una anguila podria revolverse.

Pero tambien grande concurrencia, mucha boga, mu-

cho favor del público. Todo estaba lleno; con que, habia que tomar billete y esperar turno y contar dos horas, sin otra distraccion que el *Diario* ó el espectáculo del interior del edificio, como si dijéramos el esqueleto de aquella máquina, reducido á la maniobra de dos hombres sacando agua cubo á cubo de un pozo de noventa piés de hondo para bañar el numeroso público espectador y expectante...

Yo no pude resignarme á aguardar en esta monotonía, y por otro lado, como ya habia pasado mi hora, y estaba en ayunas, y sine Cerere et Baco friget Venus, y en aquel sitio no se sirve más que el agua en seco, recordé que no léjos de allí estaba la calle del Caballero de Gracia, en donde tiene su establecimiento el famoso Monier, el Vigier de Madrid, á quien debe este pueblo los utilísimos baños portátiles, la fonda y gabinete de lectura á la parisien, y que, últimamente, en el presente año acaba de establecer en el Manzanáres una escuela de natacion y sitio de recreo bajo el nombre de Pórtici.

Dirigíme, pues, á los baños del Caballero de Gracia, que ya conocia; entré en el patio: la concurrencia era numerosa y elegante; pero, resuelto á no salir de allí sin satisfacer mi deseo, tomé mi número 72 y me dispuse á aguardar el turno desde el 49, que era el último sumergido. Y considerando por una regla proporcional que esto no podia ménos de dilatarse un par de horas, traté de invertir este tiempo lo más útilmente posible. El estómago obtuvo por entónces la preferencia sobre la cabeza; mas por fortuna pude complacerle con una taza de caldo y una copa de Jerez (circunstancia, entre paréntesis, que en vano hubiera deseado en otro de los establecimientos de esta clase en nuestra capital), con lo cual, restablecidas las fuerzas físicas, pudieron las mentales recobrar su equilibrio y ocuparme en hojear algunos periódicos nacionales y extranjeros. Pero era tan vário y animado el

espectáculo que el patio me presentaba, que renuncié á la política (en lo cual no tengo que hacerme gran violencia) para entregarme al *impolítico* papel de observador.

Yo no sé si será ó no fundado mi capricho; pero nunca me parece más interesante una mujer hermosa que al salir del baño. Aquel sonrosado de las mejillas; aquel aspecto de pudor, de pulcritud y de molicie; aquel andar voluptuoso y descansado; aquella satisfaccion del semblante, que parece gloriarse en sus perfecciones; aquella ligereza y descuido del vestido; aquella sencillez del peinado, y sobre todo, si un largo velo encubre á medias tantas gracias, y si brillan por entre los dibujos de su bordado dos hermosos ojos españoles, ¿quién no convendrá conmigo en la exactitud de la observacion? Muchos, los más de los concurrentes, debian ser de este modo de pensar, pues no bien sentian ruido en cualquiera de los picaportes de los baños, se agrupaban en medio, y si veian aparecer una de aquellas deidades, dejábanla paso con una mezcla de admiracion, de respeto y de amor; es verdad que por desgracia no siempre sucedia aquello, y tal solia ser la aparicion, que por miedo de verla otra vez cerraban los ojos y tornaban la espalda con más rapidez que si fuesen deslumbrados por improviso relámpago.

Como en semejantes sitios se hallan conservadas las tres unidades dramáticas de accion, tiempo y lugar, los circunstantes, identificados por la simpatía de situacion, se agrupan naturalmente, forman diálogos interesantes, y concurren á la accion principal, sin perjudicarla por los numerosos episodios que de vez en cuando saltan á embellecerla. Esta escena, repetida todos los dias, hace nacer una intimidad, una franqueza, en que sólo le aventaja un viaje en diligencia; y personas que segun el curso natural de los sucesos tardarian en la sociedad algunos años para hablarse con satisfaccion, suelen contraerla en

cuatro dias frecuentando unos mismos baños. Ya se ve, ¡son en ellos tantas las ocasiones para entablar correspondencia!

La cesion de una silla, el caer de un abanico, el reir de una figura extraña, los diálogos de los mozos, el ruido del agua, el calor, el toldo, el.... hasta el folletin del Diario, cualquiera de estos asuntos sirven de pié para entrar en relaciones con una linda mano; ademas, entre el círculo de concurrentes en Madrid á todas partes, es tan regular conocerse todos, ó de vista, ó de oido, ó de.... de cualquier modo, que las más de las veces una simple ojeada de inteligencia dice discursos enteros; luégo se recuerda una galop bailada juntos en Santa Catalina ó en Abrántes; se habla de la ópera y del tenor nuevo; se rie del Maniquí (1); se cuenta con la correspondiente guarnicion alguna anecdotilla del dia; se pone en berlina á la persona que acaba de salir ó se dicen dos palabras al oido acerca de la que acaba de entrar; todos estos nadas, oportunamente colocados, sirven de liga á voluntades inflamables, de iman á corazones sensibles, y luégo al salir, una mano ofrecida para subir al coche, una sombrilla abierta, una cortesía hecha con gracia.... ¿Qué más para acabarse de abrasar?

Muy ocupado estaba yo en estas consideraciones miéntras me figuraba leer la *Gaceta*—como si fuese cosa de interes — cuando un fuerte bastonazo sobre el papel vino á llamarme la atencion. Siguiendo rápidamente con la vista la direccion del baston, encontré que pendia de una mano pegada á un brazo de cierto amigo mio, de estos amigotes que uno tiene, que no sabe cómo se llaman, pero que acostumbra á pasear y reunirse con ellos en fondas, cafés, teatros, funciones públicas, toros y casas de baños; mar-

qués sin título, militar de paisano, elegante talla, figura expresiva, traje noble, maneras distinguidas.

Este tal me saludó con la dicha franqueza, y sin hablarme más palabra, fué á conferenciar con el mozo; es cierto que no pude entender lo que decian; pero sí reparé en el recien llegado un aire de distraccion é impaciencia, intermediados por algunas miradas dirigidas á cierto baño cerrado que tenía yo á mi izquierda. Revolvíame en conjeturas para adivinar la causa de aquella distincion, cuando abriéndose de repente el baño, acertó á salir de él una elegante figura de dama semejante al bosquejo que arriba queda trazado; hízonos una profunda inclinacion, y áun estaba yo correspondiendo á ella, cuando el mozo llamó en alta voz al número 72. — « Aquí está » — contesté precipitado echando mano al bolsillo; pero áun no habia acabado de articularlo, y ya el amigo del bigote me tenía agarradas entrambas manos y me conjuraba por nuestra amistad que le cediese el número, pues que le iba la existencia en entrar en aquel baño. Yo no dejo de ser complaciente; pero esto de irme sin bañar despues de dos horas de espera, era algo fuerte; sin embargo, tales fueron las instancias, tales las protestas del camarada, que me vi obligado á hacer con él un convenio, cual fué el dejarle el billete, cediéndome él su coche para trasladarme á otros baños; y sin volver atras la cabeza, salí renegando de la casa y de la fatalidad de ser amigo de todo el mundo.

—¡Qué necedad! (iba diciendo entre mí), ¡extraño modode alimentar una pasion! ¡bañarse en el mismo baño que la persona amada! ¡éste es el non plus ultra, el necio ideal del amor!..... Pero entre tanto, ¿ será posible que esté yo condenado por todo el dia al suplicio de Tántalo, viendo el agua sin poder disfrutarla? ¿ será posible.....

⁽¹⁾ Famoso drama, silbado recientemente.

^{-¿} Adónde, señor?

—A la mejor casa de baños de Madrid; — y cerró la ventanilla y me dejó en paz.

Estaba yo ya cansado de establecimientos mezquinos y de baños de sol, de sudor y de vapores, y necesitaba respirar libremente y predisponer mi piel á la impresion del agua; ignoraba adónde el cochero me llevaria; pero siéndome conocida la elegancia de su amo, supuse que estaria versado en este como en otros puntos; y con efecto, no me engañé viéndole dar cabo á nuestro viaje delante de una casa de moderno y elegante aspecto, por detras de la parroquia de Santiago.—Estos (me dijo al apearme) son los baños de la Estrella.

Un poco tarde, es verdad, amanecia para mí; pero me dí por satisfecho de los pasados disgustos, cuando abriendo la persiana descendí por uno de los ramales de la doble escalera al salon de descanso. Al observar la bella disposicion del edificio, su bien entendido compartimiento, el sencillo y elegante adorno del salon, la frescura del patio, los modales de los encargados del servicio, me felicité de encontrar este progreso en nuestra capital; y deseoso de comunicar con álguien mis sensaciones, me dirigí á un sujeto muy formal que acababa de dejar un periódico; entablamos, pues, un diálogo apologético de la casa, del cual vino á subseguirse el contarle yo mis cuitas de aquella mañana.

«No lo extraño (me decia el descansado caballero); yo soy un bañador veterano, que heredé esta costumbre de mi padre, que era de Valencia, y así que conozco por menor todos los establecimientos de Madrid, y podria escribir la historia de su fundacion. Figurarian en ella en primera línea los que V. visitó esta mañana, que se abrieron durante mi juventud, con gran asombro de nuestra poblacion, acostumbrada hasta allí á bajar por sendos nueve dias á sumergirse en el frio y seco Manzanáres,

bajo las casillas de estera que hoy han quedado únicamente como patrimonio de las modistas y artesanos; diríale tambien algo del famoso Berete y de su célebre casa en la plazuela de Lavapiés, y de la concurrencia que supo atraer á su puerta, nunca desocupada en aquel tiempo de calesines y simones peseteros, y hoy reducida al privilegio de refrescar por la módica suma de cinco reales las exterioridades de la abonadas de la calle de la Comadre ó del rollizo tabernero del contorno. Todos los baños públicos de Madrid pasarian mi revista de inspeccion; los de la calle de la Flora, limpios, aunque mezquinos; los cesantes de la Victoria, en la Puerta del Sol; los antiguos de Santa Bárbara, que pretenden curar todas las enfermedades y otras muchas más; los vecinos de Oriente, más abajo de éstos, que fueron los primeros que dieron á conocer en Madrid el verdadero gusto y comodidad de estas casas; las suntuosas pilas romanas de la puerta del Conde-Duque, para el servicio sin duda de los vecinos de Hortaleza ó Fuencarral; éstos, en fin, en que estamos, que, segun mi corto saber y entender, son los mejores, y que han tenido la prerogativa de fijar mi thermophila persona. »

—Todo está muy bien, replicaba yo, y sin duda que revela un adelanto en la civilizacion de nuestro pueblo; pero ¿qué es ello todavía? Una docena de establecimientos entre buenos y malos, y en todos ellos unas ciento cincuenta pilas para servicio de un pueblo de doscientas mil almas. ¿Qué comparacion tiene con lo que se ve en otros países? Y sin hablar más, le dí á leer la parte primera de este artículo.

A este tiempo llaman á mi número, y al entregar mi billete, ábrese la persiana y baja precipitado la escalera mi amigo, el marqués, el de los baños de allá abajo, el del trueque, el..... —; Cómo! ¿qué es esto? ¿viene V. á disputarme la vez aquí tambien?

- No, amigo mio, vengo á abrazar á V., vengo á darle las gracias, porque me ha proporcionado la mayor felicidad..... lea V..... y me dió á leer un pedacito de papel, en que habia mal escritas con lápiz estas palabras misteriosas:
- « Esta noche.... á las nueve.... dos golpecitos á la puerta.... fidelidad, amor y secreto.

—¿Y qué tiene que ver con....

— Detras del espejo del baño..... ¿qué quiere V.? ¡el amor!..... éste es un medio como otro cualquiera.

-Ya no me extraño de que V. tuviera tal interes.

—Sí, amigo mio, todo lo debo á su bondad. Pero vaya V., vaya V. al baño; yo le aguardaré para conducirle en mi coche, y de paso podré contar á V. toda la historia. Advierta V. que se le recomienda el secreto.

—;Ah! pero entre amigos íntimos.....

— Tiene V. razon, señor de..... ¿Cómo es su gracia de usted ?

Entré en la pieza del baño; encontré en ella sillas para sentarme y colocar mi ropa, una mesa para poner el dinero y el reloj, espejo, cepillos, peines, sacabotas, una pila hermosa de alabastro: ¡ yo estaba absorto!..... creia no encontrarme en Madrid..... Por fin, me metí en el agua y..... callé.

(Agosto de 1835.)

EL SOMBRERITO Y LA MANTILLA.

Los autores extranjeros, que han hablado tanto y tan desatinadamente acerca de nuestras costumbres, al describir el aspecto de nuestros paseos y concurrencias han repetido que la capa oscura en los hombres y el vestido negro y la mantilla en las mujeres presta en España á las reuniones públicas un aspecto sombrío y monótono, insoportable á su vista, acostumbrada á mayor variedad y colorido.

Hasta cierto punto preciso será darles la razon, y acaso ésta es una de las pocas observaciones exactas que acerca de nosotros han hecho. Y decimos hasta cierto punto, porque el más preocupado con esta idea no dejaria de sorprenderse al ver la notable revolucion que de pocos años á esta parte ha verificado la moda en el atavío de damas y galanes españoles. El Prado de hoy no es ya, ni por asomo, el Prado de 1808, ni áun el de 1832; ¡tales y tan variados son los matices que han venido á modificar su fisonomía! Con efecto; no es ya la uniformidad el carácter distintivo de aquel paseo; las leyes de la moda, encerradas antiguamente en ciertos límites, dejan hoy más vuelo, más movimiento á la fantasía; en esto, como en otras cosas, se observa el espíritu innovador del siglo, y